

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Mensaje

XXIII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2008 - SÍDNEY (AUSTRALIA)

«**Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que
vendrá sobre vosotros,
y seréis mis testigos**» (Hch 1,8)

17 de julio de 2008

La XXIII Jornada Mundial de la Juventud

Queridos jóvenes: Recuerdo siempre con gran alegría los diversos momentos que pasamos juntos en Colonia, en agosto de 2005. Al final de aquella inolvidable manifestación de fe y entusiasmo, que permanece impresa en mi espíritu y en mi corazón, os cité para el siguiente encuentro que tendrá lugar en Sídney, en 2008. Será la XXIII Jornada Mundial de la Juventud y tendrá como tema: "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos" (Hch 1,8). El hilo conductor de la preparación espiritual para la cita de Sídney es el Espíritu Santo y la misión. En 2006 nos habíamos detenido a meditar sobre el Espíritu Santo como *Espíritu de verdad*, y en 2007 quisimos descubrirlo más profundamente como *Espíritu de amor*, para encaminarnos después hacia la Jornada Mundial de la Juventud 2008 reflexionando sobre el *Espíritu de fortaleza y testimonio*, que nos da la valentía para vivir el

En efecto, ya desde las primeras páginas, la Biblia evoca el espíritu de Dios como un *viento* que «*aleteaba por encima de las aguas*» (cf. Gn 1,2) y precisa que Dios *insufló* en la nariz del hombre un *aliento* de vida (cf. Gn 2,7), infundiéndole así la vida misma. Después del pecado original, el espíritu vivificante de Dios se ha ido manifestando en diversas ocasiones en la historia de la humanidad, suscitando profetas para exhortar al pueblo elegido a volver a Dios y a observar fielmente los mandamientos. En la célebre visión del profeta Ezequiel, Dios hace revivir con su espíritu al pueblo de Israel, representado en «*huesos secos*» (cf. Ez 37,1-14). Joel profetiza una «*efusión del espíritu*» sobre todo el pueblo, sin excluir a nadie: «*Después de esto —escribe el autor sagrado— yo derramaré mi Espíritu en toda carne... hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días*» (Jl 3,1-2).

En la «*plenitud del tiempo*» (cf. Ga 4,4), el ángel del Señor anuncia a la Virgen de Nazaret que el Espíritu Santo, «*poder del Altísimo*», descenderá sobre Ella y la cubrirá con su sombra. El que nacerá de Ella será santo y será llamado Hijo de Dios (cf. Lc 1,35). En palabras del profeta Isaías, sobre el Mesías se posará el Espíritu del Señor (cf. Is 11,1-2; 42,1). Jesús retoma precisamente esta profecía al inicio de su ministerio público en la sinagoga de Nazaret: «*El Espíritu del Señor está sobre mí —dijo ante el asombro de los presentes—, porque Él me ha ungido. Me ha enviado a dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista, para dar libertad a los oprimidos, y para anunciar el año de gracia del Señor*» (Lc 4,18-19; cf. Is 61,1-2). Dirigiéndose a los presentes, refiere a sí mismo esas palabras proféticas afirmando: «*Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír*» (Lc 4,21). Y una vez más, antes de su muerte en la cruz, anuncia varias veces a sus discípulos la venida del Espíritu Santo, el «*Consolador*», cuya misión será la de dar testimonio de Él y asistir a los creyentes, enseñándoles y guiándoles hasta la Verdad completa (cf. Jn 14,16-17.25-26; 15,26; 16,13).

Pentecostés, punto de partida de la misión de la Iglesia

La tarde del día de su resurrección, Jesús, apareciéndose a los discípulos, «*sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo"*» (Jn 20,22). El Espíritu Santo descendió con mayor fuerza aún sobre

de la Iglesia es testimonio e irradiación (cf. Encíclica *Redemptoris missio*, 26). Así sucedía al inicio del cristianismo, cuando, como escribe Tertuliano, los paganos se convertían viendo el amor que reinaba entre los cristianos: «*Ved cómo se aman entre ellos*» (cf. Apologético, 39 § 7).

Concluyendo esta rápida mirada a la Palabra de Dios en la Biblia, os invito a comprobar cómo el Espíritu Santo es el don más alto de Dios a la humanidad, y por tanto el testimonio supremo de su amor por nosotros, un amor que se expresa concretamente como el «*sí a la vida*» que Dios quiere para cada una de sus criaturas. Este «*sí a la vida*» encuentra su plenitud en Jesús de Nazaret y en su victoria sobre el mal mediante la redención. A este respecto, no olvidemos que el Evangelio de Jesús, precisamente por impulso del Espíritu, no se reduce a una mera constatación de hechos, sino que quiere ser «*Buena Noticia para los pobres, libertad para los oprimidos, vista para los ciegos...*». Es lo que se manifestó con fuerza el día de Pentecostés, convirtiéndose en gracia y en tarea de la Iglesia para con el mundo, su misión prioritaria.

Nosotros somos los frutos de esta misión de la Iglesia por obra del Espíritu Santo. Llevamos dentro de nosotros ese sello del amor del Padre en Jesucristo que es el Espíritu Santo. No lo olvidemos jamás, porque el Espíritu del Señor se acuerda siempre de cada uno y quiere, en particular mediante vosotros, jóvenes, suscitar en el mundo el viento y el fuego de un nuevo Pentecostés.

El Espíritu Santo, "Maestro interior"

Queridos jóvenes, el Espíritu Santo sigue actuando también hoy con fuerza en la Iglesia y sus frutos son abundantes en la medida en que estemos dispuestos a abrirnos a su fuerza renovadora. Para eso es importante que cada uno de nosotros lo conozca, entre en relación con Él y se deje guiar por Él. Pero aquí surge naturalmente una pregunta: ¿Quién es para mí el Espíritu Santo? Para muchos cristianos sigue siendo "el gran desconocido". Por eso, como preparación a la próxima Jornada Mundial de la Juventud, he querido invitaros a profundizar en el conocimiento personal del Espíritu Santo. En nuestra

Os invito por tanto a reflexionar sobre lo que os escribo. Hoy es especialmente importante redescubrir el sacramento de la Confirmación y su lugar destacado en nuestro crecimiento espiritual. Quien ha recibido los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación debe recordar que se ha convertido en «*templo del Espíritu*»: Dios habita en él. Sed siempre conscientes de ello y haced que el tesoro que lleváis dentro produzca frutos de santidad. Quien está bautizado, pero no ha recibido aún el sacramento de la Confirmación, que se prepare para recibirlo sabiendo que así se convertirá en un cristiano «*pleno*», porque la Confirmación perfecciona la gracia bautismal (cf. *ibíd.*, 1302-1304).

La Confirmación nos da una *fuerza especial* para testimoniar y glorificar a Dios con toda nuestra vida (cf. Rm 12,1); nos hace íntimamente conscientes de nuestra pertenencia a la Iglesia, «*Cuerpo de Cristo*», del cual todos somos miembros vivos, solidarios los unos con los otros (cf. 1Co 12,12-25). Todo bautizado, dejándose guiar por el Espíritu, puede hacer su propia aportación a la construcción de la Iglesia gracias a los *carismas* que Él nos da, porque «*en cada uno se manifiesta de forma particular el Espíritu para el bien común*» (1Co 12,7). Y cuando el Espíritu actúa produce en el alma sus frutos, que son «*amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí*» (Ga 5,22). A aquellos de vosotros que aún no habéis recibido la Confirmación, os invito cordialmente a prepararos a recibir este sacramento y a pedir la ayuda de vuestros sacerdotes. Es una ocasión especial de gracia que el Señor os ofrece: ¡no la dejéis escapar!

Quisiera añadir aquí unas palabras sobre la Eucaristía. Para crecer en la vida cristiana es necesario alimentarse del Cuerpo y de la Sangre de Cristo; de hecho, hemos sido bautizados y confirmados de cara a la Eucaristía (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1322; Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis*, 17). Como «*fuentes y culmen*» de la vida eclesial, la Eucaristía es un "Pentecostés perpetuo", porque cada vez que celebramos la Santa Misa recibimos el Espíritu Santo que nos une más profundamente a Cristo y nos transforma en Él. Queridos jóvenes, si participáis frecuentemente en la Celebración eucarística, si consagráis un poco de vuestro tiempo a la adoración del Santísimo Sacramento, a la Fuente del amor, que es la Eucaristía, recibiréis esa gozosa determinación de dedicar la vida a seguir el Evangelio. Al mismo tiempo, experimentaréis que, donde no llegan nuestras fuerzas, el Espíritu Santo nos transforma, nos colma de su fuerza y nos hace testigos plenos del ardor misionero de Cristo resucitado.

Cristo si nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, que es «*el agente principal de la evangelización*» (cf. *Evangelii nuntiandi*, 75) y «*el protagonista de la misión*» (cf. *Redemptoris missio*, 21).

Queridos jóvenes, como han reiterado tantas veces mis venerados predecesores Pablo VI y Juan Pablo II, anunciar el Evangelio y testimoniar la fe es hoy más necesario que nunca (cf. *ibíd.*, 1). Alguno puede pensar que presentar el tesoro precioso de la fe a las personas que no la comparten significa ser intolerantes con ellos, pero no es así, porque proponer a Cristo no significa imponerlo (cf. *Evangelii nuntiandi*, 80). Además, doce Apóstoles dieron la vida hace ya dos mil años para que Cristo fuese conocido y amado. Desde entonces, el Evangelio sigue difundándose a lo largo de los siglos gracias a hombres y mujeres animados por el mismo fervor misionero. Por lo tanto, también hoy se necesitan discípulos de Cristo que no escatimen tiempo ni energía para servir al Evangelio. Se necesitan jóvenes que dejen arder en ellos el amor de Dios y respondan generosamente a su llamamiento apremiante, como hicieron tantos jóvenes beatos y santos del pasado y también en tiempos más recientes.

En particular, os aseguro que el Espíritu de Jesús os invita hoy a vosotros, jóvenes, a llevar la Buena Noticia de Jesús a vuestros contemporáneos. La indudable dificultad de los adultos para aproximarse de manera comprensible y convincente al ámbito juvenil puede ser un signo con el cual el Espíritu quiere impulsaros a vosotros, jóvenes, a que os hagáis cargo de esa tarea. Vosotros conocéis los ideales, el lenguaje y también las heridas, las esperanzas y el deseo de bienestar de vuestros coetáneos. Tenéis ante vosotros el amplio mundo de los afectos, el trabajo, la formación, las expectativas y el sufrimiento juveniles... Cada uno de vosotros debe tener la valentía de prometer al Espíritu Santo llevar a un joven a Jesucristo, de la forma que mejor sepa, sabiendo «*dar razón de vuestra esperanza, pero con mansedumbre*» (cf. 1P 3,15).

Pero para lograr ese objetivo, queridos amigos, sed santos y misioneros, porque nunca se puede separar la *santidad* de la *misión* (cf. *Redemptoris missio*, 90). No tengáis miedo de convertirlos en santos misioneros como san Francisco Javier, que recorrió el Extremo Oriente anunciando la Buena Noticia hasta el límite de sus fuerzas, o como santa Teresa del Niño Jesús, que fue misionera aún sin haber dejado el Carmelo: tanto el uno como la otra son Patronos de las Misiones. Estad dispuestos a poner en

En Lorenzago, 20 de julio de 2007.